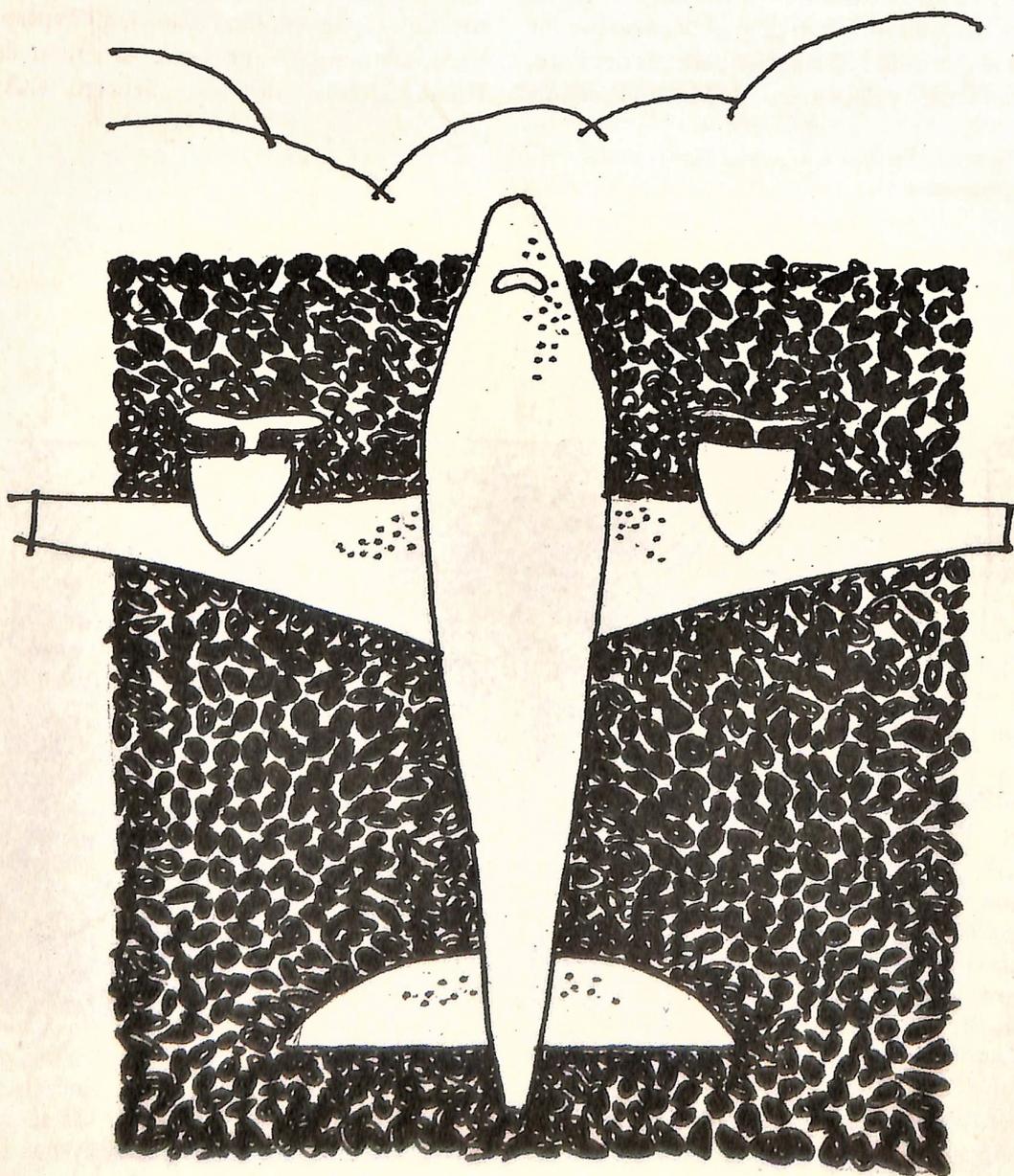


El escape de Araracuara

Jaime Alberto Quintero

Darío Vásquez, alias El Alacrán, fue un delincuente famoso en la década del cincuenta en Colombia. Con Pistacho, El Mono Guarín, El Pote Zapata y El Mono Trejos conformó una temida banda de asaltantes. En este testimonio, además de varios atracos y asesinatos, narra su gran aventura: la fuga de la colonia de Araracuara.



Ese día amanecí aburrido. Llevaba varios meses en la selva sin esperanza de un traslado a otra cárcel o de coronar una fuga. Eso era monte y agua por todos lados. Los presos que se aventuraban a escapar por tierra tenían que enfrentarse a toda clase de animales salvajes, plantas venenosas, bosques desconocidos y ríos traicioneros. Tenían que lidiar con el hambre, el miedo y la persecución de los guardianes, a quienes muchas veces les daban la orden de no regresar con los prófugos, les pedían las orejas y los dedos de las manos como prueba de que los habían alcanzado. El que se ponía de guapo a desafiar las aguas traicioneras de esos ríos de montaña, terminaba de almuerzo de las pirañas y las babillas, o se ahogaba y resultaba flotando por ahí en algún recodo días después.

Desde el día anterior, el teniente León De la Roche, director de Araracuara, había dado instrucciones a la guardia para que seleccionara a un grupo de prisioneros que se encargaría de limpiar el campo de aviación del Campamento Central. Me escogieron porque para el trabajo duro siempre ponían a los más tropeleros, a los rebeldes, a los que siempre estábamos buscando la oportunidad para una fuga; y yo era de esos, un rebelde que no le tenía miedo a nada. Ese día llegaba una gente importante de Bogotá y el campamento tenía que estar como nuevo. Los cinco presos trabajamos desde las cinco de la mañana, pegados a unas cadenas largas y aguantando un calor el hijueputa. No podía descansar, y cuando le pedía permiso al guardia para tomar agua, me gritaba: ¡Orine y tome! Eso no era tan jodido, pues ya estaba acostumbrado a las humillaciones de ciertos guardianes que lo trataban a uno como si fuera un animal; pero cómo iba a orinar si en siete horas de trabajo no me habían dejado pasar un sólo vaso de agua.

Cuando el avión de Bogotá apareció en el cielo, De la Roche dio la orden de soltar las cadenas para no dejar malas impresiones en los visitantes. Los doctores recorrieron por más de una hora el campamento y revisaron con mucho cuidado los *cambuches*, la cocina, la zona de aseo, y hablaron con algunos presos. El director presentó su informe y convenció a los doctores de que todo allá funcionaba de maravilla. Durante el tiempo que duró la visita estuve sin cadenas y observé, sentado debajo de un árbol de naranja agria, como ese avión estaba ahí, esperando a que yo me trepara y me fuera en libertad. -Esa es mi única salvación- pensé, y cuando los doctores se subieron al pajarraco de aluminio, que tenía capacidad para 120 personas y un montón de carga, me eché la bendición y dije: ¡corono o me muerdo!, pero en este infierno no vivo más.

Corrí tratando de esconderme de la guardia y me trepé en el tren de aterrizaje. Estaba muerto de miedo pero me agarré fuerte y el avión salió conmigo para Bogotá. La fuerza del viento era tan hijueputa que me volvió hilachas la ropa. Casi no podía abrir los ojos y lo poquito que veía era una selva oscura, miedosa, y ríos y más ríos. Yo sabía que si me soltaba tenía una muerte segura y no sé de dónde saqué fuerzas para pegarme a esas barras durante cuatro horas.

Llegamos al Aeropuerto El Dorado y ya tenían un operativo el berraco de la policía para que no les coronara. Paró el avión y todos se me fueron encima pero no podían despegarme. Llegué *pelao*, tieso, con el culo fundido entre las barras, tuvieron que llamar a un médico para zafarme de ahí. Me llevaron a una sala de primeros auxilios en el aeropuerto y como a las dos horas ya me había recuperado. Me pusieron una cobija de lana que me calentó el cuerpo y me dieron un caldito de pollo que me devolvió la vida.

Todos estábamos aburridos de jalar carteras. Queríamos algo grande, formar una banda para asaltar bancos y hacer negocios grandes que nos sacaran de pobres. Yo les dije que si teníamos güevas conseguimos plata, y así fue.

Cuando me recuperé, la gente se arribaba a *noveleriar*: me felicitaban, me daban la mano, me abrazaban y me echaban plata en los bolsillos de una chaqueta de ejecutivo que me prestaron. Me dieron tanta plata que cuando llegué a La Picota le repartí hasta al putas. Todos me decían: ¡bien Darío, que *chimba* de escape! Eso no lo hacés sino vos. Yo me sentía como un actor de cine. Cogí una fama la hijueputa en La Picota y en las cárceles del país donde estuve después.

Toda mi vida he estado como marcado por el destino. Tuve una infancia muy dura en Puerto Berrío, Antioquia, donde viví varios años de mi infancia. En mi familia fuimos seis hermanos y mi papá sólo gana-

ba para la comida, pues era un campesino que se había pasado la vida *jornaliando* en fincas de la región. Él fue de una familia muy pobre y le tocó coger el azadón y el machete desde chiquito. Cuando no había trabajo en fincas se le medía a la pesca en el Cauca desde la madrugada hasta que empezaba la noche, y muchas veces se iba a beber al pueblo y llegaba a la casa borracho, hablando mierda de los conservadores y sin nada para alimentar a siete bocas.

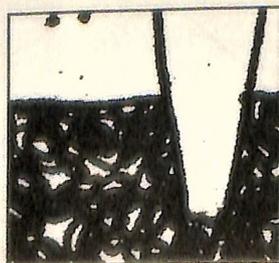
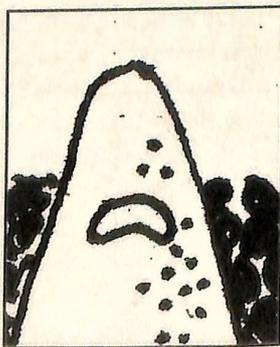
Mis papás y mis hermanos fueron asesinados a machete por un grupo de conservadores sanguinarios que estaba acabando con las familias de los liberales en Puerto Berrío. Eso fue por allá en 1950 cuando yo tenía 19 años. Quién sabe en qué problemas se metió mi papá en medio de una borrachera en ese pueblo que se los llevaron a todos.

Yo no estaba en la finca donde vivíamos hacía unos meses y por eso me salvé. No fue sino llegar y encontrar a esos malparidos todavía *machetiando* a mi familia para darme cuenta de que era por tropeles de política.

A la semana, *picao* por el veneno de la venganza, me conseguí una escopeta con un campesino liberal amigo de mi papá y les quebré el culo a uno por uno. Al último malparido lo perseguí por la plaza del pueblo a pleno día y le pegué un escopetazo casi en el atrio de la Iglesia. El alcalde de Puerto Berrío ofreció recompensa para que me mataran. -¡Cójnlo y ahórquenlo!- decía el hijueputa, pues era un conservador de esos asesinos. Hasta el berraco se puso a buscarme con ganas de ganarse la recompensa que ofrecía el godó. Me tocó pegar para Medellín, solo, asustado y sin cinco en el bolsillo.

Comencé a robar *güevonadas* para sobrevivir. Me pegaba de un reloj, una cartera, una cadena; una vez le quité unas gafas a una viejita que había perseguido por todo el Parque Bolívar. Pensaba que se me había aparecido la virgen con ese marco de oro que, con seguridad, me daría para comer durante una semana. Pero qué va, me tocó fue pegar una carrera del putas para que no me lincharan por *chichipato*. En esos días como ladrón barato conocí a Carlos Guarín, alias *El Mono* Guarín. Era un ladrón con experiencia, conocía la ciudad y no se arrugaba para nada: El Mono desafiaba hasta a la policía, y se hizo famoso porque estuvo 45 veces en la cárcel. Él asaltó la hidroeléctrica de Medellín y se la tenía velada a la Caja Agraria en los pueblos de Antioquia. Fue tan conocido que la última vez que lo pescaron en 1962, lo mandaron de rechito para la colonia del Araracuara.

El Mono y yo nos parqueábamos en cualquier esquina del centro a esperar a que pasara la plata para comer. Cuando yo elegía al cristiano, gritaba: ¡Mono, ahí va la plata! Y el güevón se le pegaba al que fuera. En ese tiempo teníamos famita de frenteros entre los ladrones de Medellín, pero yo



no estaba contento siendo un simple ladrón barato. Me fui para Manizales a coronar un trabajo grande, un asalto de esos que me emocionaban por el peligro que corría y allá conocí al *Mono* Trejos, otro delincuente famoso de esa época en Colombia. Trejos tenía una banda bien organizada en Manizales y hacía trabajitos en Bogotá: robos finos, bien planeados, sin disparos y sin muertos, donde no dejaba ni el polvero.

Un mes después nos encontramos en Medellín Arturo Zapata, alias *El Pote*; Carlos Guarín, alias *El Mono* Guarín; *El Mono* Trejos; Gerardo Álvarez, alias *El Sueco* y yo, que tenía el remoquete de *El Alacrán*, así me decían por áspero, pero me gustaba más que me llamaran *Caleño* para despistar a los investigadores porque en Cali montaban operativos de la policía para capturarme cada que hacía una cagada.

Todos estábamos aburridos de jalar carteras. Queríamos algo grande, formar una banda para asaltar bancos y hacer negocios grandes que nos sacaran de pobres. Yo les dije que si teníamos güevas conseguíamos plata, y así fue; dirigí la banda en el primer asalto al Banco Popular en el centro de Medellín. Nos llevamos cien mil pesos en 1952. Eso era mucha plata, pues uno compraba cinco *riales* de velita y cinco *riales* de coco por un centavo, y teníamos cien mil para cuatro.

Después fue el Banco de Occidente y así fuimos coronando casi todos los bancos, joyerías, bodegas y negocios de Medellín, hasta que empezamos a trabajar en otras ciudades de Colombia. Teníamos contactos con otros asaltantes en Bogotá, Cali y Manizales. Llegamos a ser la banda más buscada en el país, y cada golpe era tan bien planeado que confundíamos a la policía y cada rato ofrecían recompensa por nosotros. Lo que más le chocaba a los *tombos* era que nos llevábamos la plata sin hacer un solo disparo, y después, si había persecución, no nos alcanzaba un brujo mientras el *Mono* Trejos manejara, pues era un piloto muy hábil. Cada rato lo llamaban de Bogotá para que se encargara de la retirada en algún asalto.

Mi primera caída fue en 1953 después de una serie de asaltos a bancos y joyerías de la ciudad. Estaba celebrando un negocio que había coronado con Bernardo Restrepo Rico, alias *Pistocho*, un ex policía que se había unido al grupo. Nos encontrábamos en *Media Luna*, un cabaré muy famoso en la ciudad en esa época porque era un sitio de unos fiestones tremendos: licor, mujeres y marihuana al por mayor. *Pistocho* vio la patrulla de la policía y desfundó el 38, yo

también saqué el mío y se prendió la plomera. Las viejas que estaban con nosotros se escondieron y nos dejaron ahí echando bala hasta que se nos agotó el pertrecho.

-Maten a esos hijueputas-, gritaba un agente, pero las viejas salieron a suplicar que no nos hicieran daño. Nos llevaron sanitos a la estación de policía, pues si nos mataban se quedaban sin pistas para coger a toda la banda. Después del interrogatorio tan berraco, nos mandaron para la cárcel La Ladera en Enciso. A los 15 días *Pistocho* ya había coronado una fuga con otros dos presos, y yo todavía estaba encanado analizando la jugada para poderme volar. Don Enrique González Vélez quien era el director de la cárcel se 'emputó' y ordenó que me pusieran cadenas.

-Amárrenlo porque se vuela- decía. Me pasaba todo el día arrastrando unas cadenas largas y pesadas.

Pistocho se hizo tan famoso que cuando lo mataron la gente hacía fila y pagaba cincuenta centavos para ver el cuerpo.

Nadie imaginaba que a *Pistocho* lo podían tumbar después de que 'frentió el corte' en todas partes, hasta que una vez se cogió con varios policías a bala en un barrio del centro de Pereira, y no le hicieron ni cosquillas. Se les voló cuando ya no tenía ni una bala. A *Pistocho* la fama le alcanzó hasta para que le compusieran una canción de parranda: *Mataron a Pistocho, mataron a Pistocho*, decía el coro, pero el disco lo prohibieron por respeto al difunto. Además para que le iban a seguir dando *bomba* a un delincuente.

En La Ladera me tocó pasar a dos a mejor vida porque todo el tiempo me buscaban para ultrajarme.

Un cacorro de esos bravos me agarró a golpes porque no me pudo *culiar*, después de un buen rato de lucha, y eso que yo andaba con cadenas. Como le probé finura me cogió respeto, pero ya se la tenía sentenciada. Me gané más de un castigo ordenado por González Vélez debido a las malas jugadas que me hacían otros presos. Cuando les demostré que no iba de cuento, no se metían conmigo, me respetaban, pero también ahí empecé a complicarme la vida. Llegaron los traslados a La Picota y a La Modelo porque ya era considerado de alta peligrosidad.

Los muñecos que dejé en las cárceles de Bogotá fueron el boleto de partida para la colonia de Araracuara adonde mandaban a morirse a la basura de las cárceles del país.

La Colonia Penal y Agrícola del Sur la crearon por orden de López Pumarejo. Esa prisión quedaba en plena selva entre el Caquetá y el Amazonas. Allí llevaban delincuentes, maleantes, vagos y asesinos. Contaban en ese tiempo, -finales de la década del cincuenta-, que el gobierno quería colonizar esa selva para después montar unos puestos de vigilancia y estar en la jugada con los peruanos que ya habían intentado quedarse con esas tierras. Y claro, a quiénes más iban a meter por allá sino a los delincuentes para que poblaran la selva mezclándose con los Huitoto y otros grupos indígenas que habían llegado a la región.

Cuando llegué a ese infierno, había varios campamentos como Angosturas, Puerto Mosco, Geórgica, Puerto Arturo, El Central y Yará; este último ubicado en la desembocadura del río Yará:

agua y selva por todas partes. Yará era el campamento a donde llevaban a los prisioneros de alta peligrosidad: asesinos sin alma con varios homicidios encima y muchos años de cárcel por delante.

Con el tiempo fueron construyendo otros campamentos porque llegaba mucha gente, además era necesario rodear a El Central y a Yará de otros campamentos para atajar escapes. Cuando había fugas y a los tipos no se los comía la selva con todos sus peligros, los capturaban tratando de llegar a alguno de los campamentos cercanos a 10 ó 15 kilómetros de distancia. Para perseguir a los presos que se evadían conformaban grupos de guardianes guiados por uno o dos nativos que cono-

cían perfectamente la selva.

Generalmente a uno le advertían que en los campamentos era libre. Que si quería escapar lo esperaba una selva llena de tigres, serpientes, osos y bichos extraños y mortales. En esa puta selva todo era igual: los mismos caños, los mismos ramajes, los mismos árboles, los ríos todos parecidos: traicioneros, arremolinados, llenos de pirañas, caimanes y no sé qué más. No sabía uno si los ríos subían o bajaban, se veían en calma pero eran fieras. Hasta los nativos llegaron a perderse en sus aguas.

Generalmente a uno le advertían que en los campamentos era libre.

Que si quería escapar lo esperaba una selva llena de tigres, serpientes, osos y bichos extraños y mortales. En esa puta selva todo era igual.

Los presos se escapaban en grupos por el miedo a la selva. Yo intenté fugarme dos veces, y mejor esperaba a morir en un campamento que tenerme que enfrentar a tanto *azare*. La primera vez escapé con dos condenados a quince y veinte años, que estaban a punto de suicidarse por la angustia tan tremenda. Teníamos todo por ganar pero cuando se acercaba la noche y caminábamos y sólo veíamos monte y se oían ruidos extraños, nos llenamos de pánico. El hambre era otro enemigo, pues cuando pasaban las horas y no encontrábamos qué comer, a todos nos invadía el temor de ser asesinados por los compañeros de fuga, ya se habían presentado casos donde mataban a alguno para calmar el hambre y continuar el camino. Después de tres jornadas de angustia llegamos al campamento de Las Mercedes y nos entregamos.

En el segundo escape cogí selva adentro con Augusto Hinestroza, alias *El Pecosito*. Nos encontraron cuatro días después acosados por el hambre y castigados por las inclemencias de la selva. Las víboras saltaban de los árboles, y muchas veces cuando nos recostábamos a descansar, nos despertaban las cosquillas de alguna serpiente que se metía entre los pantalones. Nos encontraron gracias a la malicia de dos nativos que habían contratado como guardianes hacía unos meses para que persiguieran a los que se escapaban por selva, y los encontraran rápido. Una semana era el plazo para que los nativos pescaran al que escapaba, y siempre cumplían. En el campamento pasamos más de una semana en la enfermería, recuperándonos de la anemia, la desnutrición y el dolor en los huesos. *El Pecosito* se había escapado dos meses atrás con una boleta de libertad falsa. Lo capturaron en Bogotá cuando intentaba asaltar una joyería y fue a parar de nuevo a Araracuara.

El Pecosito era hermano de Daniel Hinestroza, un ladrón de bancos que tenía azotada a Bogotá a comienzos de la década del sesenta. Daniel y su banda asaltaron casi todos los bancos de la ciudad y la policía no podía darles captura, por eso cada rato ofrecían recompensa por Hinestroza y sus *compinches*. Daniel cayó con alias *El Carequemao* y otros dos asaltantes con quienes había robado la Caja Colombiana de Ahorros en 1961.

Todos queríamos escapar pero bastaba con las historias que se escuchaban en los campamentos para que pocos -cuatro o cinco al mes- intentaran coronar una fuga. El que se iba tenía muy pocas posibilidades de regresar vivo: a muchos se los tragó la selva, algún animal salvaje o la creciente de un río. El hambre, el calor o los árboles carnívoros que decían que había en

la selva eran otros enemigos que asustaban. *El Yateví* era el árbol carnívoro más famoso, sacaba unas ramas gruesas y atrapaba a la gente hasta asfixiarla. Después el cuerpo era un plato delicioso para las montañas de hormigas monas que sólo dejaban el esqueleto.

Miguel Antonio Caro estaba condenado a 25 años de prisión. Un día a la hora del almuerzo, *El Negro Caro* no regresó con el grupo; cuando la guardia armó el alboroto, ya era muy tarde. *El Negro* les llevaba varias horas de ventaja, y como era tan jodido, ni los nativos pudieron encontrarlo. Lo siguieron durante dos semanas hasta que el director dio la orden de parar la búsqueda, pues estaba seguro de que *El Negro* había

muerto por ahí en algún lado. Caro atravesó la selva en 45 días, llegó a Bogotá, se cambió el nombre y los apellidos, y empezó a *camellar*: asaltó la embajada de Argentina, después coronó algunos bancos y puso a la policía a buscarlo por toda la ciudad. En un enfrentamiento mató a un policía y fue arrestado junto con toda su banda. A los días llegó de nuevo a Araracuara. *El Negro Caro* cada rato amenazaba con repetir su hazaña.

Un día, después de seis meses de espera, aterrizó el avión que traía la remesa, algunos víveres, ropa y otros encargos para la dirección de la colonia.

Unos diez presos que habían recibido "La Blanca", la boleta de libertad, estaban esperando el avión para salir de la colonia, pues les daba miedo intentarlo a bordo de alguna lancha pesquera. Cuando el avión despegó rumbo a El Dorado se dieron cuenta de que faltaban dos presos, inmediatamente se armó el alboroto para comunicarse por radio a Bogotá y evitar que coronaran. Los cogieron en el aeropuerto y los devolvieron para la colonia.

Al llegar a Araracuara a los presos los clasificaban según su peligrosidad y los repartían en los diferentes campamentos: los cacorros para Las Mercedes, los matones para Yarí, los ladrones finos para Geórgica o Puerto Mosco, los ladrones *chichipatos* para Angostura y los que cogían por delitos menores para Puerto Arturo y El Central.

En todos los campamentos la robadera era tremenda. A pesar de la disciplina y la vigilancia, nos las ingeniábamos para robar gallinas, plátanos, yuca, maíz y hasta ollas y elementos de cocina. No es que se aguantara hambre, sino que las jornadas de trabajo eran muy duras y generalmente la ración de comida no era suficiente para reponer la mierda que le sacaban a uno en esas jornadas donde había que tumbar monte, sembrar comida o picar piedra para hacer caminos.

***Si la cosa no funcionaba,
lo amarraban a uno
en calzoncillos de algún
árbol y los mosquitos
hacían el resto.***

***En una hora le chupaban a
uno la mitad de la
sangre y lo dejaban como
un monstruo.***

***Con la amarrada
cantábamos hasta
el Himno Nacional.***

Nos levantaban a las cinco de la mañana: tocaban una campana y sonaba una chicharra que despertaba hasta al más fundido. El desayuno era a las seis, la contada de rigor y a trabajar derecho hasta la una de la tarde. Si había algún castigo pendiente nos decretaban línea doble, eso era doble jornada de trabajo a pleno sol: tumbre monte, pique piedra, are la tierra y siembre comida pero bajo 40 grados de temperatura y un mosquero desesperante. Todo lo hacían con la intención de que alguno se fuera de sapo y señalara al de la fechoría: robos, daños, heridos, etc. Si en la línea doble nadie cantaba, nos ponían a voltear durante horas, nos hacían caminar en cuclillas o arrastrarnos en los codos, y el que se mamara llevaba culata.

Si la cosa no funcionaba, lo amarraban a uno en calzoncillos de algún árbol y los mosquitos hacían el resto. En una hora le chupaban a uno la mitad de la sangre y lo dejaban como un monstruo. Con la amarrada cantábamos hasta el Himno Nacional. Yo me *emputaba* porque todas esas torturas las tenía que sufrir por culpa de otro güevón, y que va, que volteen al culpable. Hasta ahí llegaba el castigo. Me iba de sapo y después arreglaba con el que fuera.

Los *cambuches* en Araracuara eran los sitios donde se ajustaban las cuentas que quedaban pendientes durante el día. Los presos no arreglábamos en público para evitar *bonches* peores. Las broncas que no quedaban listas en el monte en las horas de trabajo se arreglaban a punta de cuchillo en los dormitorios. En la noche había que buscar a la culebra y darle la pela antes de que se le adelantaran a uno y lo dejaran lleno de huecos o con el culo *quemao* por el tren de tabla tan hijueputa. Muchas veces eran broncas entre varios, entonces los demás presos que ya sabían la movida se ponían a cantar en coro alguna canción para que los otros repartieran lata y tabla parejo. Por eso cuando la guardia escuchaba que en los *cambuches* entonaban canciones a todo pulmón, se ponían flechas porque de seguro había *muñeco*.

A la final las cosas no eran tan malas en la colonia. El que se portaba bien le iba bien, y los presos vivían mejor que en muchas cárceles del país. Lo más berraco eran las condenas de quince, veinte ó treinta años entre la selva. Por eso muchos se rebotaban, peleaban, apuñaleaban, mataban o intentaban fugarse, así después llegaran con el rabo entre las patas, vueltos mierda, con miedo de la selva y jurando que nunca más volverían a escapar. Pasaban cuatro o cinco meses y otro intento de fuga y se repetía la historia.

Lo de las mujeres era un cuento jodido. En algunos campamentos de la colonia, el director permitía a los presos y a muchos guardianes tener mujeres. Todo dependía del comportamiento y de la rosca que tuvieran con el Mayor. Unos llevaban a las mujeres y hacían casitas para vivir como familias, otros convivían con nativas y no faltaba el que se enamoraba de alguna visitadora y ella de él. Si el director aceptaba, si el preso tenía buen comportamiento y forma de mantenerla, se la dejaban, por eso muchos campamentos parecían pueblitos perdidos en medio de la selva.

Las visitas de putas eran muy pocas, pero cuando llegaban eso parecía una revolución. Nos tocaba hacer unas colas larguísimas, pues todos queríamos echar un polvo, o dos, o tres, eso dependía de la plata y de la arrechera que uno tuviera. En el tiempo que estuve en Yari, una revolcada valía veinte pesos, y por las ganas de *pichar* eso no duraba nada y a veces me provocaba como matarlos a todos y quedarme con una vieja *pichando* todo el día.

En Araracuara hubo mujeres famosas, famosas por *culiadoras*. *La Bomba* era una que se comía al director y de ahí para abajo a todo el que se atravesara. Se le ponía a la guardia en pleno y atendía las filas de prisioneros durante las dos semanas que se quedaba. Por *La Culosalma* más de uno se dio cuchillo en la colonia, porque todos querían echársele encima. Era una mujer provocativa, arreacha, hasta bonita. Pero cuando



llegaba de visita, era como si hubiera llegado el diablo porque no importaba a quien había que *braviar* con tal de estar con ella un ratico. Una vez, después de varios meses sin una sola puta, llegó *La Pielroja* con cuatro muchachas de Villavicencio. Eso fue una locura, pues esa vieja era una llanera de unos 40 años, muy fea pero de buen cuerpo; se puso a repartir *cuca-racha* a la lata y casi todo el campamento resultó con un chancro el hijueputa. Contaban que hasta el director andaba desesperado inyectándose antibióticos. El enfermero pidió refuerzos a los demás campamentos para sanar a ese montón de "palos caídos" que dejaron *La Pielroja* y las cuatro putas.

El enfermero tuvo que adelantar la ronda de visitas que realizaba cada tres meses, por la emergencia que provocó el chancro. Llegaron dos médicos de Villavicencio y uno de Bogotá porque había más de medio campamento en cuarentena. De esa me salvé por que tenía una fiebre que me estaba matando desde hacía quince días. Durante esa semana ni *La Culosalma* me lo hubiera hecho parar.

En el campamento Yará hubo épocas de mucha enfermedad; a veces parecía como si nos fuéramos a morir todos porque las epidemias se regaban y que cosa tan difícil de parar. La hepatitis era una de las más comunes, además de la viruela, el paludismo, la tuberculosis, las venéreas, la fiebre amarilla y una enfermedad que llamaban la Buena Moza: lo ponía a uno todo amarillo, como un papel viejo. No provocaba comer y en una semana el enfermo estaba reseco y con los ojos en el culo. El que pasaba algo de sal así estuviera en recuperación, se iba de cajón.

La tuberculosis se llevó a más de uno porque se reventaban atacados de los pulmones: escupían sangre y babaza parejo debido a la infección. Pero la campeona en coronarse presos y hasta guardianes era la hepatitis. Cuando se complicaba, la gente vomitaba el hígado a pedacitos, hasta que no aguantaban más y paraban las patas sin decir ni ¡mu!

Alguna vez en Puerto Mosco atacó una epidemia de viruela negra que enfermó a todo el mundo. Esa maricada eran unos granos como de maíz que le daban a uno en todo el cuerpo, llenos de sangre negra. Nos encerraron a treinta presos en la enfermería durante varias semanas. La cosa era tan *berraca* que hasta a los guardianes les daba *culillo* asomarse por allá. Todos los días moría gente, y uno no sabía quién era el siguiente. Al que se iba de *chulo* lo sacaban derechito para el hueco, pues en esas epidemias tan tremendas mantenían listos los huecos. De esa cogida de viruela negra también me salvé, o me salvó el diablo.

A veces cuando lo cogían a uno esas ganas de matar, comer del muerto y coger monte adentro, era mejor distraerse haciendo canastos, sillas de bejuco, esteras, cambuches, zapatos y cuanta güevonada se atravesara. Eso le bajaba a uno la calentura y le daba ánimo para resistir otros días más.

En la selva, a pesar de todo, había días donde uno se divertía, se pasaba bien. Nunca faltaba la comida y cuando no había problemas se podía descansar y hacer *vainas* diferentes a las de todos los días: uno terminaba haciendo buenos amigos. Cuando a alguien le llegaba 'La Blanca', los que nos quedábamos no sabíamos si llorar de alegría o de la tristeza tan hijueputa, pues los compañeros, los buenos compañeros hacían falta. Yo me acuerdo mucho de la salida de un muchacho Hernán Pérez a quien le decíamos *Tachuela*, era el payaso de la colonia. Él y Carlos Vallejo montaban unos números como de circo y hacían reír hasta al putas durante una hora todas las tardes. Cuando Hernán y Carlos se fueron, el campamento quedó muy triste. Varias semanas después un montón de presos se le midió a la selva; a muchos los agarraron y varios se perdieron para siempre.

A veces cuando lo cogían a uno esas ganas de matar, comer del muerto y coger monte adentro, era mejor distraerse haciendo canastos, sillas de bejuco, esteras,

cambuches, zapatos y cuanta *güevonada* se atravesara. Eso le bajaba a uno la calentura y le daba ánimo para resistir otros días más.

Al que amanecía aburrido se le notaban en la mirada las malas intenciones. Para ajustar, si al malparido director le daba por *güevoniar*, más de uno se rebotaba. Hubo un tipo que tuvo muchos problemas porque se le iba la mano en los castigos. Decían que cuando amanecía puto era porque tenía problemas con alguno de sus *pelaos*, pues los comentarios eran que el pendejo ese le jalaba a todo y que le gustaban los jovencitos que llegaban a Las Mercedes, que era el campamento de los maricas. Cuando se metían con alguno de los muchachos del director pagábamos todos al otro día.

En las visitas de control, todo marchaba bien en la colonia. Nadie se acordaba de las cadenas, los castigos, los fugados que mataban en el monte y otras cosas, porque el que hablaba llevaba del bulto. Bernardo Echeverry Ossa, quien era el Director Nacional de Prisiones, llegó sin avisar y se enteró de un montón de *tapaos*; la amenaza era: ¡Hablen que la visita se va y ustedes se quedan! El caso fue que Echeverry Ossa le pegó una *vaciada* la hijueputa al director. Después de la visita a todos nos temblaba el culo, pues el teniente León De la Roche nos iba a *voltiar* hasta dar con el sapo y quién sabe qué más. Ese día por la tarde había cantado El Guaco, que era un pájaro de mal agüero en la colonia. Cuando

El Güaco cantaba había tropeles, muertos en accidentes, muertos a cuchillo, a bala, por enfermedad, lo que fuera, pero había muertos.

Era un pájaro grande como un garrapatero, de garras fuertes y amarillentas. La gente le tenía respeto porque cantaba el malparido y ¡tan! muerto fijo. Pero ese día no pasó nada, al director le tocó tragarse la putería porque ya estaba avisado; al poco tiempo lo sacaron de la colonia.

Después de ese escape mío de Araracuara estuve un tiempo en La Picota. Allí conformé una banda que se ganó el respeto de toda la cárcel y monopolizó hasta los patios más bravos, donde metían a los que no les importaba matar al que fuera, pues la vida no les daba para pagar más condenas. El duro en ese tiempo era Juanito Céspedes, un asesino sin corazón que iba de cárcel en cárcel matando gente, en ninguna se lo aguantaban, y los directores, desde que llegaba, empezaban a buscarle el traslado. No le había resultado gallo a Juanito en ninguna prisión del país. Cuando yo me lo encontré en La Picota, llevaba 18 encima, además de su propia mamá a quien le pegó un "tren de chuzo". La viejita no aguantó las puñaladas.

Él me conocía y por eso me respetaba, aunque siempre me buscaba la caída, pero yo no era ningún güevón. Durante el tiempo que estuve en La Picota, Juanito se aplacó, porque sabía que yo no iba de cuento, y que sí era capaz de cobrarle todos los muertos que había dejado regados en las cárceles porque se negaban a pagarle impuestos, o porque el hijueputa se levantaba *berraco*. Cuando Juanito amanecía puto había *muñecos*, decían.

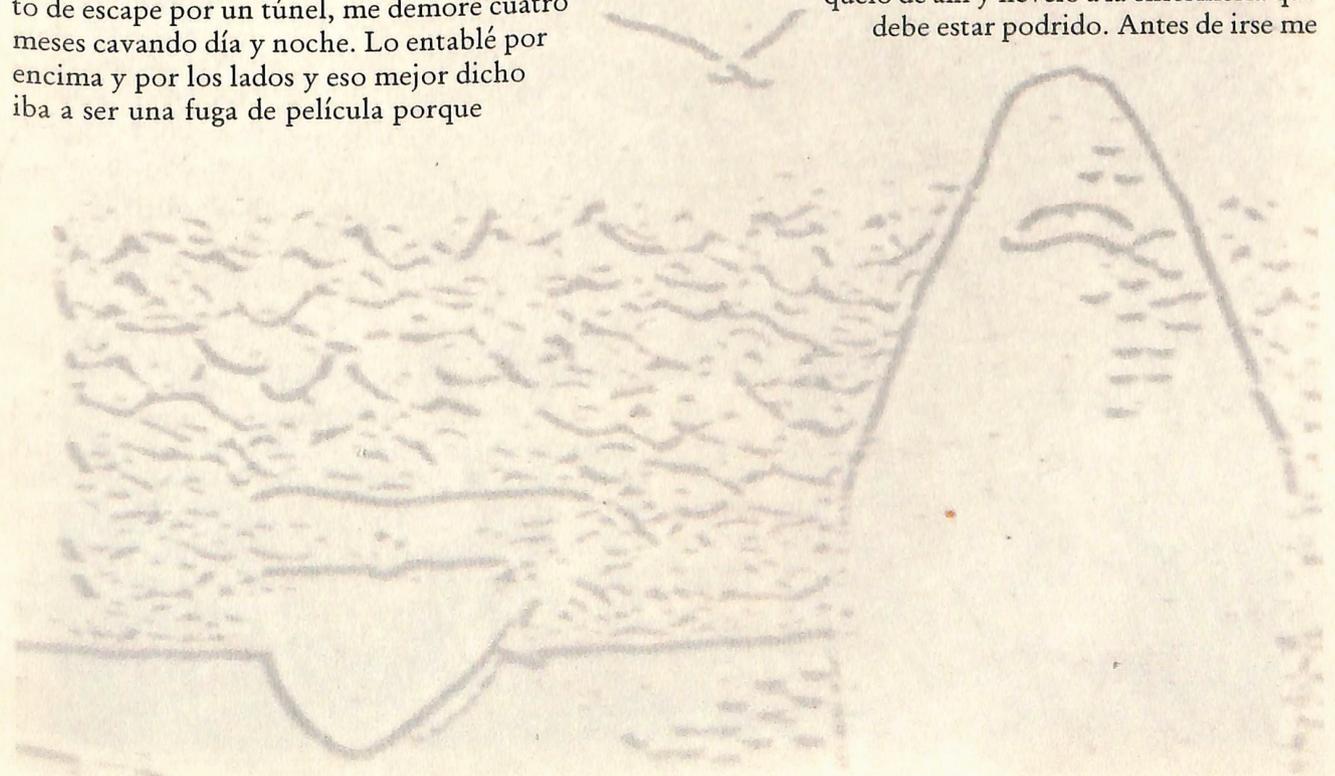
Me trasladaron para Gorgona porque estaba que se prendía una guerra por el dominio de la cárcel, y ya me habían cogido dos túneles. En el último intento de escape por un túnel, me demoré cuatro meses cavando día y noche. Lo entablé por encima y por los lados y eso mejor dicho iba a ser una fuga de película porque

eso aguantaba lo que fuera. Me fui con dos *pelaos* recién llegados a la cárcel y cuando estábamos a punto de coronar una alcantarilla, nos estaban esperando la guardia y la policía. A los días me llegó la boleta de traslado a Gorgona.

Cuando llegué a la isla tenía una fama la *berraca*, me decían *El Alacrán*, *El Caleño*, *El Rebelde*... Pero era el mismo frentero que no le sacaba el culo a nada. Cuando me tocaba tropelear lo hacía y cuando me tocaba tirar al piso al que fuera tampoco me arrugaba. En Gorgona éramos 1020 hombres, yo tuve el 682 y el 54, porque a uno no lo llamaban por el nombre o el apodo sino por el número. Claro que me conocían más por las *chapas* debido a la fama que tenía. Nada más de fama me gané varios castigos en Gorgona. Cada que había una cagada o que rodaba un rumor de fuga me las cobraban a mí, así no tuviera nada que ver.

En una ocasión un preso le contó a un guardián que yo estaba planeando una fuga masiva y que la vuelta era coger a los 35 guardianes y al director para tirarlos al mar amarrados de pies y manos. El chisme le llegó al Mayor José María Ibañez. De inmediato, Ibañez ordenó que me encerraran 15 días en el cepo, más conocido como El Botellón. Era un castigo muy duro porque lo bajaban a uno a un hueco en la arena donde sólo podía estar parado. Me tiraban la comida y yo cogía lo que podía. Todo el día ahí metido orinando y cagando en las patas sin poderme mover; por las noches para el *cambuche* y al otro día la misma cosa.

A los quince días el mayor Ibañez se asomó a El Botellón y me dijo: ¿Qué hubo rebelde, cómo está? Y yo le contesté: ¡Bien Mayor, peores castigos he soportado! Inmediatamente Ibañez le dijo al guardia, ¿Sabe qué?, ese es un rebelde de esos *berracos*. Sáquelo de ahí y llévalo a la enfermería que debe estar podrido. Antes de irse me



dijo: Darío, ¿a vos es que te gusta que te maltraten?, y yo casi llorando le dije: Qué va Mayor, es esa puta fama la que me tiene a mí en estas condiciones.

Después del castigo, empecé a manejarme bien, pues ya estaba resignado a morir de viejo en la cárcel. Un día el Mayor Ibañez me propuso que trabajara en el ropero de la cárcel y yo acepté. Me tocaba planchar y arreglar la ropa del director y de su familia, así como los uniformes de los guardianes, las sábanas, los manteles y las toallas. Además, en la casa del director me ponían a limpiar los muebles, a lavar el piso y a organizar el jardín que la esposa de Ibañez cuidaba como a sus propios hijos.

Como a Juanito Céspedes lo habían mandado a pagar un montón de años por carnicero, ya se había dado al dolor de estar en prisión toda la vida. Una vez, cuando yo me dirigía al trabajo, Juanito se me acercó y me dijo: oiga Darío, ya que a usted no lo requisan a la salida del 'planchadero', porque no me hace el favorcito de sacarme un cuchillo que necesito, yo le pago bien. Y le dije, claro Juanito, como no, yo lo saco esta tarde y se lo entrego antes de la contada.

Pensé lo del cuchillo todo el día. Yo podía sacarlo sin ningún problema porque me tenían tanta confianza que no me requisaban. Hasta que decidí coronarlo y me encaleté un *mataganao* de acero inoxidable. Cuando salí del 'planchadero' como a las cinco de la tarde, pasé derecho y nadie dijo nada. Juanito estaba jugando *parqués* con otros tipos, y cuando me vio se dejó venir *emputao*: ¿Qué hubo Darío, me trajó el encarguito? Y yo le respondí, claro que sí Juanito, téngalo. Y ¡tan! Se lo clavé en el corazón. Es que yo sabía que con esa lata me iba a dar a mí o quién sabe a cuántos hubiera matado.

Juanito cayó y se armó el alboroto. De una garita me iban a disparar pero un guardián me agarró y me tumbó, se quedó encima de mí un rato mientras pasaba la cosa, no dejó que me quemaran. Me llevó a la dirección y le contó al Mayor Ibañez que yo acababa de matar a Juanito Céspedes. "Mayor, allá lo dejó tirado junto al callejón", gritó. Cuando quedé solo con el Mayor, me dio la mano y dijo: "lo mejor que has hecho en tu vida Darío, es haber matado a ese hijueputa. Me tenía cansado matando gente en todas partes. No te lo cobro ni deo que te lo cobren". Ese fue el fin de Juanito Céspedes.

En 1983 me trasladaron a la cárcel de Ibagué, pues ya tenía 52 años y había pasado mucho tiempo en

prisión. A los días en el gobierno de Belisario Betancur, el Procurador General de la Nación me concedió la libertad: Usted ya pagó, váyase y sírvale a la sociedad, me dijo.

Quedé en libertad pero ya estaba viejo, enfermo y cansado de la vida. Regresé a Medellín a tratar de sobrevivir, pero esto aquí es muy difícil. Desde que salí de la cárcel he sido un *gamín* porque no puedo aspirar a más.

Desde hace ocho años vivo en el Hotel Emperatriz, en Palacé con Maturín, donde pago cinco mil pesos diarios de pieza. Todos los días me levanto a las siete de la mañana y salgo a recorrer las calles de la ciudad. Me paso por Junín, bajo por Caracas, volteo por Palacé, subo a la Oriental y así... En los negocios pido sobras de comida y a veces a la gente le da lástima y me regalan el desayuno o el almuerzo. Los vigilantes me pegan porque incomodo a los clientes en las cafeterías, y muchos piensan que les voy a robar. Yo me resigno porque sé que estoy pagando todo el daño que le hice a la sociedad.

Cada rato me recogen las Hermanitas de la Caridad y me llevan para conventos, pero no aguanto esos sitios porque me joden todo el día: me ponen a

rezar, me hacen madrugar, me obligan a bañarme y están encima de mí a toda hora. Yo me canso de tanta pendejada y vuelvo a la calle.

Hace un tiempo, estaba por ahí sentado descansando en una acera cerca del Pasaje Junín, y me saludó un señor alto, robusto, muy amable. Me dijo, ¿Qué más hombre Darío, ya no te acordás de mí?

-No, ¿usted quién es? -Yo soy el Mayor León De la Roche, el director de Araracuara, de donde te escapaste.

-Ah sí, mi Mayor, ya me acordé de usted.

-Qué fuga tan linda la que me coronaste Darío...

-Pero Mayor, ¿qué más podía esperar en esa selva sino era la muerte?

Hablamos un rato, me dijo que se alegraba de que estuviera vivo y me regaló cien mil pesos.

Por ahí me buscó hace días un periodista español para que le contara la historia de mi vida pues quería escribir un libro. Él me dijo que en su país le podían publicar la obra, y nos reunimos varias veces a hablar de mis locuras, inclusive escogimos el nombre: "Ansias de libertad", eso resume lo que fue mi vida. El periodista no ha vuelto a aparecer, todavía estoy esperando el libro, de pronto ahora sí consigo plata honradamente. ■

**Juanito estaba
jugando parqués con
otros tipos, y cuando me
vio se dejó venir emputao:
¿Qué hubo Darío,
me trajó el encarguito?
Y yo le respondí,
claro que sí Juanito,
téngalo. Y ¡tan! Se lo clavé
en el corazón. Es que yo
sabía que con esa lata me
iba a dar a mí o quién
sabe a cuántos
hubiera matado**

Especialización en Periodismo Investigativo

La filosofía que anima el posgrado es la de abrir y consolidar en la academia ese espacio para la investigación, que prácticamente ha desaparecido en las redacciones del país. Para ello se busca contrarrestar los vicios y las rutinas informativas con el empleo de nuevas técnicas de investigación, redacción y edición, aplicables a los distintos formatos impresos y audiovisuales.

Dirigida a periodistas en ejercicio, egresados de comunicación social-periodismo y profesionales de cualquier área interesados en acercarse de manera rigurosa a las técnicas de la investigación en el periodismo y a los lenguajes que les son propios.

Informes:
Ciudad Universitaria
Facultad de Comunicaciones
Bloque 12, oficina 122
Tels. 210 59 11 / 20 - 233 27 84
Fax 233 47 24
Email: caruri@embera.udea.edu.co

